

Kant, pero o deriva de él o se encuentra con él. El autor del presente artículo analiza los últimos libros sobre Kant como contribución a la afirmación con que se inicia este resumen.

El primer libro que trata es el de Sverre Klausen, editado en Oslo en 1954, y se titula *La ética de Kant y sus críticos*. El ensayo, una tesis doctoral, muy nutrido de citas alemanas, recoge la actitud de los críticos modernos con relación a Kant. Klausen considera que Kant triunfa sobre sus críticas y rechaza los argumentos abiertos contra Kant. Con esto no se quiere afirmar que Klausen sea kantiano, sino simplemente que los críticos de Kant están equivocados en sus comentarios sobre el filósofo. Así, por ejemplo, cuando Ross afirma que el imperativo categórico es una quimera, y que de él nada puede derivarse, Klausen lo niega afianzándose en el concepto kantiano de la esencia del deber. Lo mismo ocurre cuando polemiza con Häcerström, quien sostiene que el valor objetivo de los juicios morales tiene un carácter preferentemente ilusorio. El segundo libro analizado es el de S. Cörner, que apareció en Baltimore en 1955, en la Colección Penguin Books. El libro de Cörner le parece al autor de este artículo excelente, tanto por su simplificación como por la objetividad y simpatía con que trata a Kant y por su buena información. No obstante, juzga que el deseo de simplificar ha llevado al autor en ocasiones demasiado lejos, y se ha olvidado de temas tales como los elementos puramente psicológicos de la filosofía de Kant.

Por último se analiza el libro de Casirer *Kant's first Critique*. Merece los mayores elogios al autor del artículo, admirando la profundidad analítica y los nuevos ámbitos de reflexión a los que el libro lleva. El autor juzga que es una renovación de las interpretaciones kantianas.

Frente a todos estos libros, el artículo que resumimos ofrece un punto de vista radical. A saber: que las formas lógicas son formalizaciones de la estructura de la experiencia y dependen de ella y no al contrario. De este modo, criticando el apriorismo, se hace una crítica total de la doctrina kantiana.—
E. T. G.

DIETZE (Gottfried): *Hamilton's Federalist-Treatise for free Government*, en «Cornell Law Quarterly», XLII, 4, 1957 (págs. 501-518).

La práctica del Gobierno liberal es estudiada por G. Dietze en relación con el federalismo de Hamilton y los puntos de contacto de su obra con el liberalismo, en cuanto que parece existir cierta oposición entre liberalismo y confederación, limitadora, en definitiva, de libertades políticas.

Como Madison, Hamilton ve los derechos individuales perturbados por excesos democráticos y quiere que el Gobierno liberal quede asegurado y limitado por el Gobierno federal, cuya función es la de proteger las constituciones de los Estados. La creación de la Unión en Norteamérica tuvo esta finalidad de contrapeso liberal-democrático, en el que radica todo el mérito de la democracia americana.

Los principales propósitos federalistas fueron desde un principio: la común defensa, la preservación de la paz pública contra convulsiones internas, la regulación del comercio... Pero Hamilton no defiende una total absorción de los Estados por la Unión. De aquí su defensa del Poder judicial frente al Congreso, y la permanencia de los jueces en su puesto, mientras se comporten rectamente.

Sirviéndose de la idea del poder judicial moderador de las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo, parece que Hamilton llega a una perfecta integración entre liberalismo y federalismo, en representación éste de la democracia, en cuyo concierto está la base de la «felicidad» americana.

La no superioridad plena, sino relativa de ninguno de los tres poderes, favorece esta integración americana, acaso la única forma de utopía política que más se haya realizado.

Por todo ello el autor del artículo, a los doscientos años del nacimiento de Alexander Hamilton, no vacila en considerarlo el constructor de la nación norteamericana.

En resumen: el concepto de Gobierno liberal envuelve la coexistencia de protección para los derechos individuales y la participación popular en el Gobierno combinando la primacía política

de los «antiguos» ante la juventud de los diputados, pensamiento central del federalismo de Hamilton.—E. S.

LACROZE (René): *Les rapports de l'homme et de l'oeuvre chez Maine de Biran*, en «Les Études Philosophiques», XII, 3, 1957 (págs. 442-446).

La obra, si es sincera, refleja la personalidad del autor; su creación puede dar lugar a un drama íntimo para el mismo, el de la voluntad comprometida en un conflicto insoluble. No obstante en algunos autores es difícil ver la relación del hombre con la obra porque esta relación está rodeada de ambigüedades y apariencias en contrario. Tal ocurre con Maine de Biran y ello explica la divergencia de juicios sobre ella.

Ph. Damiron dice de Biran que «... no es un escritor, sino un pensador que se sirve de las palabras como le parece, sin preocuparse del lector». Cuarenta años después, H. Taine nos expone su decepción y reserva con respecto a Maine de Biran en el mismo sentido que Damiron.

¿Cómo conciliar los severos juicios sobre la obra con la ferviente admiración que el hombre inspira a sus contemporáneos? El hombre les hace olvidar el escritor y excusar las imperfecciones de su obra.

La espontaneidad del genio de Biran es asombrosa. Hombre del siglo XVIII, condena las pretensiones de la ontología, concibe la metafísica como la exploración de un «mundillo interior» en el que gusta refugiarse. La filosofía es para él una aventura a la que se entrega totalmente.

Los temas que le ocupan no proceden de un avance de la razón, sino que constituyen auténticos descubrimientos. Es creador de un género, el «Diario Metafísico», que se ajusta a su talento. Desde febrero de 1814 hasta su muerte redacta sin interrupción su Diario, enriqueciéndolo constantemente con nuevas observaciones y preciosos análisis.

Pero lo esencial de su mensaje procede de sus «descubrimientos», de sus iluminaciones que se producen cada vez que le surge un problema particular, y que le separan de Condillac, así como de los alemanes y escoceses.

Biran siente la necesidad de descri-

bir sus descubrimientos, pero sobre todo quiere recopilar sus intuiciones. A partir de 1811 no cesa de soñar en la obra magistral de psicología que reúne todos los resultados obtenidos por él, pero no la redacta jamás.

Hombre político, a pesar de su ineptitud para la política, de la que tiene conciencia, trata de suplir con voluntad el defecto de la naturaleza.

Durante su vida no publicó más que un libro, sobre la costumbre, y dos artículos, sobre La Romignière y sobre Leibniz, pero también durante toda ella no dejó de escribir, dejando al morir miles de hojas cubiertas de su fina escritura. Su estado de inconclusión corresponde también a una faceta de carácter de Maine de Biran, compendio de vacilaciones, luchas internas y tormento íntimo en cuanto se trata de creación literaria.

Una mezcla sorprendente de cualidades y defectos es la característica de la obra de Maine de Biran, que más que expresar el sentir del autor lo disimula. A pesar de todo, el biranismo es inseparable de la personalidad del gran pensador. Esta filosofía de la voluntad y del esfuerzo está ligada al drama personal de la creación literaria. Biran, este ser desgarrado por las contradicciones, consciente de sus debilidades y ansioso de vencerlas, hace, cada vez que se propone trabajar, la experiencia de la dualidad: nadie está mejor preparado que él para apercibirse de la naturaleza dramática de la existencia humana, en la que lo propio es desenvolverse en la lucha y tender perpetuamente hacia un fin inalcanzable.—M. N. R.

WILKINS (Burleigh T.): *James, Dewey and Hegelian Idealism*, en «Journal of the History of Ideas», junio 1956, vol. XVII, núm. 3 (págs. 332-346).

El pragmatismo de James y Dewey estuvo siempre afligido por la división pluralismo-monismo entre (y dentro de) los dos filósofos, hecho que ni su acuerdo fundamental sobre el idealismo hegeliano pudo obscurecer. La tesis del autor de este trabajo es la de que las expresiones de esta división fueron configuradas en buena parte por sus reacciones ante el idealismo hegeliano.

La relación más importante entre el